



ALEJO CARPENTIER

El acoso

Prólogo de Julio Travieso Serrano

La acción de *El acoso* transcurre durante los 46 minutos que dura la ejecución de la «Sinfonía Heroica» de Beethoven en un teatro de La Habana donde se ha refugiado un joven que ha pasado del combate político a la acción terrorista y, mediante la tortura, a la traición. Sus antiguos camaradas, convertidos ahora en sus perseguidores, lo aguardan en las filas de atrás.

Sirviéndose de su portentoso dominio del lenguaje y de la técnica narrativa, Alejo Carpentier recrea en esta novela a través de una pluralidad de voces —el narrador, el acosado, el taquillero del teatro— tanto el clima político que se vivió en Cuba durante los turbulentos años de la dictadura de Gerardo Machado, como los aspectos que nos dan la clave para entender la vida del protagonista (su militancia política, sus relaciones amorosas y familiares, sus inquietudes religiosas y el desgarramiento de su conciencia).

ALEJO CARPENTIER

EL ACOSO

Prólogo de Julio Travieso Serrano

Prólogo

Julio Travieso Serrano

Hacia 1956, Alejo Carpentier es ya un escritor de renombre en las letras latinoamericanas con una conocida obra literaria. En 1949 ha publicado, en México, *El reino de este mundo*, importante novela, tanto por ella misma como por el prólogo que la acompaña, en el cual explica su concepción de lo que él llamó lo real maravilloso americano. Luego, en 1953, edita, también en México, otra obra fundacional de la novelística latinoamericana: *Los pasos perdidos*.

Ambas obras (unidas a dos relatos publicados anteriormente, "Viaje a la semilla", en 1944 y "Semejante a la noche", en 1946) transitan por los caminos de lo real maravilloso. Mientras los recorren, se adentran en el frondoso bosque de lo barroco, de lo fastuoso americano que, en palabras de otro gran escritor cubano, José Lezama Lima, es una "manera del saboreo y del tratamiento de los manjares que exhalan un vivir completo, refinado y misterioso".

En aquellos años, quizá los más importantes de su creación intelectual, Carpentier, viajero incansable, radica en Caracas, no entregado precisamente a la literatura, sino al periodismo y a actividades publicitarias, porque la literatura, por lo menos en estas tierras, nunca ha dado para vivir enteramente de ella, a no ser que te llames García Márquez o Isabel Allende. En esos tiempos el cubano, con todo y sus buenas novelas anteriores, era sólo Alejo Carpentier Valmont, hijo de un emigrado francés y una emigrada rusa

que se habían asentado en la gran isla del Caribe, y no *don Alejo Carpentier*, Premio Cervantes de las letras, unos cuantos premios internacionales más, y posible candidato al Nobel, que finalmente no le otorgaron con toda injusticia, al igual que no se lo dieron a Rulfo.

Antes de Caracas ha vivido en su ciudad natal, La Habana, y antes en París y ha estado en España, Haití y en otras muchas partes, lo que, unido a su gran cultura, le da a su literatura, independientemente de los temas latinoamericanos, un marcado carácter cosmopolita que se refleja en sus referencias y en sus entornos.

Con ese bagaje a cuestas, Carpentier publica, en 1956, *El acoso*, un año después que Rulfo su *Pedro Páramo*, y casi al mismo tiempo que Guimaraes Rosa nos entregara *Gran Sertón Veredas*, otra de las grandes obras de las letras iberoamericanas.

El acoso, novela muy diferente a las suyas anteriores, rompe con una de las reglas de oro del éxito comercial: "No te apartes de lo que ya ha gustado". Por supuesto, Carpentier no era un mercachifle ni un comerciante, sino todo un señor intelectual que se respetaba a sí mismo, a su obra, a la literatura, y no creía en reglas comerciales. Por desgracia, en la actualidad, muchos no son como él y, día tras día, nos abruma con sus mismos temas de siempre, trillados y más que trillados, en el más puro estilo de Corín Tellado.

Con frecuencia se ha escrito sobre el hecho de que *El acoso* mantiene la estructura de una sonata. El propio Carpentier se encargó de reafirmarlo al decir en una entrevista: "Mi novela *El acoso* está construida en forma de sonata, sobre tres temas iniciales (dos masculinos y uno femenino) con variaciones centrales y una coda. Y, para más, el relato entero cabe en el tiempo exacto que dura una correcta interpretación de la *Sinfonía heroica* de Beethoven".

Lo anterior es cierto, pero a nuestro entender, no es lo más relevante de esta obra que, comparada con sus herma-

nas *El reino de este mundo*, *Los pasos perdidos* y *El siglo de las luces*, ha quedado un tanto relegada. No hay que olvidar que la mayoría de los lectores de literatura no está formada de musicólogos y, por tanto, se les hace indiferente si una obra guarda relación o no con determinada forma musical.

Como señala Sergio Chaple, un conocido investigador cubano:

Lo expresado por Carpentier nos parece inobjetable (...) pero pretender de ahí establecer una correlación exacta entre estos lenguajes en la dirección de los trabajos mencionados al ocuparnos de la vertiente crítica que estudia la obra en sus relaciones musicales, lo creemos poco productivo del análisis propiamente literario.

Lo primero que salta a la vista en *El acoso* es la ausencia de lo real maravilloso, tan magistralmente presentado en sus producciones anteriores. Nada hay aquí de prodigios y portentos, de manos sumergidas en aceite hirviente que no sufren quemaduras, de misteriosos caminos en la selva, de Adelantados, Conquistadores, y viejos que retornan a la niñez, guerreros que completan un ciclo histórico, ni un discurrir circular del tiempo, en búsqueda de la libertad y la evasión, como en *El reino de este mundo*, *Los pasos perdidos*, "Viaje a la semilla" y "Semejante a la noche".

Aquí no encontramos personajes que se muevan en un mundo maravilloso, sino en un escenario muy real: La Habana de los años 40.

Probablemente *El acoso* sea la novela más complicada de Carpentier desde el punto de vista de la técnica literaria utilizada, con sus monólogos interiores, sus frecuentes y repentinos cambios de puntos de vista, su estructura composicional, que pueden confundirnos. No espere el lector una

lectura sencilla. "Rompecabezas de trebejos cuidadosamente mezclados", le llamó Enrique Anderson Imbert.

Estamos frente a una obra de innovaciones formales para su tiempo, que nos obligará, una y otra vez, a releer lo leído para no perder las pistas de la narración, como sucede en las buenas novelas policiacas. Y es que *El acoso* nos pudiera recordar, a veces, por el tema, una novela policiaca, con esa caza de un hombre, del cual no sabemos mucho, sentenciado a muerte. Esa muerte tan cara para algunos autores de lo policiaco.

Pero, por su estilo, su composición, nada más lejano de lo policiaco que esta novela, en la cual una constante es el lenguaje barroco y, ya lo sabemos, barroquismo y lenguaje detectivesco no van de la mano.

Si en *El acoso* no hallamos lo real maravilloso, es aquí donde quizá el barroco se hace más presente dentro de la obra carpenteriana, ese barroco exuberante, estallido magnífico en las descripciones internas y externas, y en los estados de ánimo de los personajes.

Éstos, también a diferencia de sus otras novelas (recordemos *El siglo de las luces* o *Los pasos perdidos*) son sólo unos pocos, fundamentalmente tres: un ex revolucionario, un espectador fortuito y una prostituta.

Trama sencilla en su esencia y complicadísima en su tratamiento es la de *El acoso*, en la que un joven revolucionario, cuyo nombre no conocemos, milita en un partido político (no nombrado en la obra, pero, con seguridad, comunista), lo abandona por no confiar en sus métodos de lucha, se une a grupos que esgrimen la violencia rápida, como método de lucha, con quienes participa en actos que hoy en día llamaríamos de terror, a los que también abandona para unirse a bandas de matones, cuya finalidad es el ajuste de cuentas y el crimen por encargo. Y en ese peligrosísimo camino, él resulta víctima de su propio juego mortal y se convierte en *el acosado*.

Al final, ya condenado, redescubre a Dios en el que cree, ante quien reconoce sus crímenes, y solicita protección. Dios al cual el ex revolucionario llega a través de una de las múltiples pruebas de su existencia, la causal.

El narrador de la novela, refiriéndose *al acosado*, nos dice:

La portentosa novedad era Dios. Dios, que se le había revelado en el tabaco encendido por la vieja, la víspera de su enfermedad (...) La mano traía, al sacar la lumbre, un fuego venido de lo muy remoto, fuego anterior a la materia (...) Pero si ese fuego presente era una finalidad en sí, necesitaba de una acción ulterior para alcanzarla. Y esa acción, de otra y de otras anteriores, que no podían derivar sino de una Voluntad Inicial.

Muchos siglos antes, Santo Tomás nos había dicho: "Todo lo que se mueve es movido por otro (...) Por consiguiente, es necesario llegar a un primer motor que no sea movido por nadie, y éste es el que todos entienden por Dios".

Sin embargo, ya es tarde y no habrá tiempo ni oportunidad para la redención de *el acosado*.

En resumen, la creencia en una ideología (forma embozada de la fe), el descreimiento, el pecado, otra vez la fe, el castigo. Algo común y corriente, como la vida misma, pero que Carpentier eleva a grandes planos gracias a su maestría de gran escritor. Ese es, precisamente, uno de los mayores méritos de esta obra, replantear un problema tan viejo de la civilización y obligar al lector a interrogarse sobre normas de conducta y el sistema de valores de los seres humanos.

Al leer *El acoso* me acuerdo de una pequeña obra maestra, "Tema del traidor y del héroe", de otro inmenso escritor, tan admirado por todos: Jorge Luis Borges. Por supuesto, ambos relatos se hallan muy lejos entre sí. Éste es

brevísimo y se desarrolla en la Irlanda del siglo XIX; aquél es una novela y tiene como escenario La Habana de 1940. Y sin embargo, en los dos aparece el mismo tema recurrente: la traición, el crimen, el castigo, al igual que estos últimos aparecen en Dostoyevski, a través de un Raskólnikov, asesino de la vieja usurera Aliona Ivánovna.

¿Por qué descrea un hombre, por qué traiciona? Infinitos son los caminos que conducen a Roma y muchas las razones por las cuales alguien se envilece, en especial en épocas convulsas y de confusión, como las que vivió Cuba en los años en los cuales se desarrolla la trama de *El acoso*.

¿Es justificable la traición? Ciertamente que no, al igual que no es justificable el crimen. Y, sin embargo, ¿cuál debe de ser el castigo? ¿El último, el más fuerte? ¿Debe de ser un hombre acosado hasta la muerte, o puede redimirse?

La vieja sentencia bíblica proclama: "ojo por ojo y diente por diente". Cristo, sin embargo, vino para redimir.

Muchas son las respuestas que salen del marco de una obra de ficción y caen dentro del terreno de la especulación filosófica y ética.

Cabe preguntarse por qué Carpentier escribió una novela así, tan lejana de sus otras novelas y relatos históricos. ¿Quizá quiso darnos el retrato del antihéroe? Pregunta difícil que sólo el autor podría responder. Según Umberto Eco, el autor no debe facilitar interpretaciones de su obra. El texto debe hablar por sí mismo, al margen de su creador.

El escritor cubano no es el italiano y, refiriéndose a *El acoso*, nos da algunas pistas, en particular de carácter histórico. En una entrevista de 1963, nos explica:

Es un reflejo de la época en que yo era estudiante en la Universidad, en que viví mis primeras luchas políticas. Era una época en que los estudiantes (...) tenían ideas políticas avanzadas y estaban descontentos con el régimen de entonces (...) la famosa tiranía de Machado (...)

esos estudiantes derrocharon heroísmo y algunos dieron su vida en esa lucha, pero tenían un defecto: y era el heroísmo por el heroísmo, era la indignación, era la rebelión por la rebelión. (...) Por esta razón *El acoso* es quizá mi único libro, creo, que puede parecer pesimista, algo desesperado porque es la historia de un esfuerzo inútil.

También por otras declaraciones suyas y por investigaciones realizadas se sabe que un hecho, semejante al relatado en *El acoso*, sucedió en La Habana y Carpentier tuvo conocimiento de él.

Aquéel era su mundo, el mundo de las primeras rebeliones estudiantiles y de la lucha, frustrada a la larga, contra una dictadura, una de las tantas que han tenido lugar en nuestra América Latina. En el caso de Cuba, tal lucha devino más tarde, a la caída del dictador, pelea entre grupos por el reparto del botín y el encumbramiento políticos.

Ese proceso, convertido en argumento particular de *El acoso*, deja un sabor amargo en la boca, como si nos recordara el esfuerzo inútil de Sísifo. La frustración de lo que pudo ser y no fue. No en balde, Carpentier consideró que la obra podía parecer pesimista.

Más allá de lo histórico circunstancial, *El acoso* se nos revela como libro de reflexión, donde la aventura ocupa un segundo plano.

Carpentier es autor que obliga a sus lectores a pensar y reflexionar. El destino del ser humano, la repetición de sus ciclos vitales, la búsqueda de libertad, el libre albedrío, fueron cuestiones inseparables de su discurso narrativo a las cuales une, en *El acoso*, el tema del crimen y el castigo. Esa constante reflexión, sumada a una colosal capacidad para fabular y darnos tramas apasionantes, llenas de peripecias, y a un manejo exquisito del lenguaje, explica la excelencia de sus obras y su atracción en el lector, aquel lector que no

va en busca de conflictos del corazón y combates de kung fu.

No es necesario repetir que la música constituye una constante en la literatura de Carpentier, que era un excelente musicólogo. Como escribimos más arriba, él mismo afirma que la novela está construida con la estructura de una sonata. *El acoso* es la obra donde la influencia musical se hace más fuerte y palpable.

Finalmente, y no por ello menos importante, *El acoso* es (si exceptuamos la fallida, según Carpentier, *Écue-Yamba-Ó*) su primera novela de tema urbano en La Habana del siglo XX.

La Habana, la ciudad soñada por muchos, cantada por otros, amada por todos, la Perla del Caribe. A pesar de sus prolongadas estancias en París (1928-1939, 1966-1980) y Caracas (1945-1959), Carpentier amó intensamente su ciudad natal, maravillosamente descrita por él en sus artículos y en su ensayo "La ciudad de las columnas".

Pero, a diferencia de lo que otros hicieron, antes y después de él, en *El acoso* no intenta recrear la ciudad en su belleza tropical, de cielo y mar, en sus noches de fiesta, en su rumbosa alegría o en sus ocultos ritos afrocubanos. Nada hay que recuerde a *Tres tristes tigres*, *Nuestro hombre en La Habana*, o una bella joyita de la literatura sobre la capital cubana como *Nostalgia de Troya*, obras, por supuesto, muy diferentes en todo al estilo carpenteriano y a *El acoso*.

La ciudad que recrea Carpentier es una ciudad casi desierta, en la cual los personajes se mueven en un área restringida, a veces de difícil localización y en un marco temporal también restringido.

Y, sin embargo, ahí está La Habana, con sus mansiones de tan diferentes estilos, sus comercios, iglesias, fuentes.

Para que todo ese escenario aparezca en su totalidad habrá que aguardar muchos años, hasta 1978, por *La consagración de la primavera*, pero allí ya habrá una historia totalmente diferente a la narrada en *El acoso*. En ésta encon-

traremos la opaca tristeza de los perdedores, en aquella la desbordante alegría de los ganadores.

¿Cuál es y será la jerarquía de *El acoso* dentro de la rica obra carpenteriana? Pregunta quizá ociosa y de difícil respuesta. Si nos hiciéramos una pregunta similar en relación con Cervantes, la contesta es más que conocida. En cambio, si habláramos de Shakespeare las dudas aflorarían: ¿*Macbeth*, *Hamlet*, *Otelo*, *El rey Lear*? Lo mismo pudiera suceder al referirnos a autores de nuestro continente si pensamos en Gallegos, Borges, Arlt, Fuentes, Vargas Llosa. Cada lector, cada crítico, tendrá su respuesta.

Personalmente no me gustan tales comparaciones entre las obras de un autor. A cada una la disfruto (o no la disfruto) dentro de su momento y contexto. En todo caso, se pudiera afirmar que unas son más conocidas que otras, pero no siempre la fama es sinónimo de calidad. Y lo que hoy se considera como muy valioso, mañana podrá ser desdeñado por absurdo e incongruente. De todas maneras, si tuviera que dar una opinión diría que *El acoso*, aunque sea una de las menos conocidas, se halla entre las obras mayores de Carpentier, lo cual, dada la calidad de todas ellas, es un gran elogio. Le corresponde ahora al lector de esta nueva edición corroborar la justeza de mi afirmación.

|

Sinfonia Eroica, composta per festeggiare il sovvenire di un grand'Uomo, e dedicata a Sua Altezza Serenissima il Principe di Lobkowitz, da Luigi van Beethoven, op. 53, N° III delle Sinfonie... Y fue el portazo que le quebró, en un sobresalto, el pueril orgullo de haber entendido aquel texto. Luego de barrerle la cabeza, los flecos de la cortina roja volvieron a su lugar, doblando varias páginas al libro. Sacado de su lectura, asoció ideas de sordera —el Sordo, las inútiles cornetas acústicas...— a la sensación de percibir nuevamente el alboroto que lo rodeaba. Sorprendidos por el turbión, los espectadores dispersos en la gran escalinata regresaban al vestíbulo, riendo y empujando a los hacinados que se llamaban a veces por entre los hombros desnudos, rodeados de una lluvia que demoraba en el acunado de los toldos para volcarse, como a baldazos, sobre peldaños de granito. A pesar de que estuviese sonando la segunda llamada, permanecían todos allí, enracimados, por respirar el olor a mojado, a verde de álamos, a gramas regadas, que refrescaba los rostros sudorosos, mezclándose con alientos de tierra y de cortezas cuyas resquebrajaduras se cerraban al cabo de larga sequía. Después del sofocante anochecer, los cuerpos estaban como relajados, compartiendo el alivio de las plantas abiertas entre las pérgolas del parque. Las platabandas, orladas de bojes, despedían vahos de campo recién arado. “El tiempo está bueno para lo que yo sé”, murmuró alguno, mirando a la mujer que se adosaba a la reja de la contaduría, de perfil oculto por el pelaje de un zorro, y que no parecía considerar como hom-

bre a quien estaba detrás, ya que acababa de desceñirse de la molestia de una prenda muy íntima —no le importaba, evidentemente, que él la viera— con gesto preciso y desenfadado. “Detrás de una reja como los monos”, decían los acomodadores en burla de aquel taquillero distinto a todos los demás taquilleros, que permanecía hasta el final de los conciertos, cuando le estaba permitido marcharse después del arqueo de las diez —aunque el Reglamento especificara: “Media hora antes de la terminación del espectáculo”—. Quiso humillar a la del zorro, haciéndole comprender que la había visto, y, con mañas de contador, hizo correr un puñado de monedas sobre el angosto mármol del despacho. La otra, asomando el perfil, le miró las manos suspendidas sobre dineros —nunca le miraban sino las manos— y volvió a hacer el gesto. Tal impudor era prueba de su inexistencia para las mujeres que llenaban aquel vestíbulo tratando de permanecer donde un espejo les devolviera la imagen de sus peinados y atuendos. Las pieles, llevadas por tal calor, ponían alguna humedad en los cuellos y los escotes, y, para aliviarse de su peso, las dejaban resbalar, colgándose de codo a codo como espesos festones de venatería. La mirada huyó de lo cercano inalcanzable. Más allá de las carnes, era el parque de columnas abandonadas al chaparrón y, más allá del parque, detrás de los portales en sombras, la casona del Mirador —antaño casa-quinta rodeada de pinos y cipreses, ahora flanqueada por el feo edificio moderno donde él vivía, debajo de las últimas chimeneas, en el cuarto de criadas cuyo tragaluz se pintaba, como una geometría más, entre los rombos, círculos y triángulos de una decoración abstracta—. En la mansión, cuya materia vieja, desconchada sobre vasos y balaustres, conservaba al menos el prestigio de un estilo, debía estarse velando a un muerto, pues la azotea, siempre desierta por demasiado sol o demasiada noche, se había visto abejada de sombras hasta el retumbo del primer trueno. Contemplaba con ternura, desde abajo, aquel piso destar-

talado, caído en descuido de pobres, tan semejante a las mal alumbradas viviendas de su pueblo, donde el encenderse de las velas por una muerte, entre paredes descascaradas y jaulas envueltas en manteles, equivalía a una suntuaria iluminación de tabernáculo, en medio de muebles cuya pobreza se acrecía, junto al relumbrante enchapado de los candelabros. Por una velada se tenían pompas, bajo el tejado de los goterones, con presencias de la plata y del bronce, solemnidad de dignatarios enlutados, y altas luces que demasiado mostraban, a veces, las telarañas tejidas entre las vigas o las pardas arenas de la carcoma. (Luego, los que, como él, estaban estudiando algún instrumento, tenían que explicar al vecindario que el repaso de los ejercicios no significaba una trasgresión del luto, y que el aprendizaje de la "música clásica" era compatible con el dolor sentido por la muerte de un pariente...) *En aquellos días oculta a los hombres su enfermedad; vive a solas con sus demonios: el amor herido, la esperanza y el dolor.* Si estaba ahí, trepado en el taburete, adosado a la cortina de damasco raído, en aquella contaduría del ancho de una gaveta, era por alcanzar el entendimiento de lo grande, por admirar lo que otros cercaban con puertas negadas a su pobreza. Esa conciencia le devolvía su orgullo frente a las espaldas muelles, como presionadas por pulgares en los omóplatos, que la mujer apoyaba, bajado el zorro, en los delgados barrotes, tan al alcance de su mano. *"El valor que me poseía a menudo, en los días del estío, ha desaparecido", escribe en el Testamento. Y es el frío de la fosa y el olor de la Nada. En la casa perdida de Neiligenstadt, en esos días sin luz, Beethoven aúlla a muerte...* Había vuelto a la lectura del libro, sin pensar más en los que rebrillaban por sus joyas y almidones, yendo de los espejos a las columnas, de la escalinata a las liras y sistros del grupo escultórico, en aquel intermedio demasiado prolongado por el Maestro, que todavía hacía repasar a los cornos el Trío del Scherzo, levantando sonatas de montería en los trasfondos